

***Los Mayas: presencia histórica e  
identidad nacional***

Julio Escoto

972 Escoto, Julio  
C19 Los Mayas: presencia histórica e identidad  
nacional / Julio Escoto. --1ª. ed. -  
Tegucigalpa: Litografía López, 2003.  
14 p.

ISBN 99926-656-9-6

1. MAYAS

## Colección Visión de País 6

### **Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)**

Colonia Palmira, Ave. República de Panamá, Tegucigalpa, Honduras. Diciembre, 2002

Diseño y diagramación: Giovani Fiallos

Ilustración de portada: "Mujer con Niño" de Arturo López Rodezno

(Tomado del *Catálogo de Pintores*, colección Banco Atlántida)

---

**Las ideas expuestas en los Cuadernos de Visión de País son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la visión del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.**

## ***Prólogo***

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Honduras, como un aporte destinado a facilitar los procesos de democratización y difusión del conocimiento y la información pertinente para el desarrollo del país, inicia la publicación de tres colecciones: **Visión de País, Cuadernos de Desarrollo Humano Sostenible y Prospectiva**.

Estas series son fruto del trabajo de la Unidad de Prospectiva y Estrategia (UPE) de la oficina del PNUD en Honduras y están destinadas a difundir el pensamiento de académicos, intelectuales, técnicos e investigadores hondureños y extranjeros que desde diferentes perspectivas se enfocan en la construcción del paradigma del desarrollo humano sostenible.

La difusión y creciente adopción a escala internacional y nacional de un nuevo paradigma del desarrollo humano sostenible, cuya premisa y finalidad es ampliar las capacidades y oportunidades de los individuos, conlleva el desafío de insertarlas y aplicarlas como un eje transversal en la construcción de un proyecto de país. Éste es el propósito de las reflexiones y análisis presentes en cada uno de los trabajos publicados en estas colecciones.

Nuestro propósito es contribuir al análisis y diseño de estrategias y políticas públicas, globales y sectoriales, que reflejen y respondan a la realidad hondureña. Estamos seguros de que la comunidad nacional e internacional encontrarán aquí un espacio para la reflexión y el diálogo en torno a los problemas del desarrollo y el fortalecimiento de la democracia en Honduras.

***Jeffrey Avina***

Representante Residente  
del PNUD en Honduras

## ***Colección Visión de País***

La Unidad de Prospectiva y Estrategias (UPE) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) es una instancia de análisis, reflexión y apoyo a la gestión de gobierno, sociedad civil y comunidad internacional. Bajo estos lineamientos, es el soporte técnico y administrativo del Foro de Fortalecimiento de la Democracia (FFD), y su objetivo principal es apoyar los procesos de diálogo en materia de desarrollo y democracia, especialmente facilitando y apoyando los procesos de concertación nacional.

Bajo la premisa de la democratización y participación ciudadana como condiciones indispensables para el desarrollo, la UPE ha decidido editar una serie de publicaciones bajo el título de **Colección Visión de País**, con el fin de contribuir a generar el pensamiento, la reflexión y las acciones necesarias en la construcción de procesos de visión de país, tanto globales como sectoriales, regionales y nacionales.

La **Colección Visión de País** recibirá el aporte de diversos intelectuales y académicos nacionales y extranjeros que desde diferentes disciplinas y marcos metodológicos aportarán con su pensamiento a forjar una visión de país para el siglo XXI.

Esperamos que estas publicaciones constituyan una herramienta para facilitar el diálogo y la profundización sobre el país que necesitamos construir, en la perspectiva de un desarrollo equitativo y sostenible centrado en los seres humanos.

**Sergio A. Membreño Cedillo**  
*Coordinador Unidad de Prospectiva y Estrategias  
(UPE)/PNUD/Foro de Fortalecimiento de la Democracia (FFD)*

## Índice

---

Introducción .....	7
II. Pequeñas historias verdaderas y falsas .....	7
III. La obsesiva percepción idealista de Copán .....	9
IV. El problema sociológico. Una posición provocadora .....	10
V. Soberanía cultural. Una base .....	12
Bibliografía .....	14



## INTRODUCCIÓN

El novelista John Steinbeck, autor de libros clásicos como **Las uvas de la ira** y **Tortilla Flat**, publicó en 1958 una breve obra titulada **Una vez hubo una guerra** (1), en que reproduce los mejores reportajes que envió a los diarios desde los frentes de batalla de la segunda guerra mundial. Aparte de la maravilla que es leer la prosa pulcra de Steinbeck, en la introducción del citado libro se exponen ante el público ciertas características de la horrible matanza, sancionada por las naciones del orbe, y que es interesante recordar ahora que nos proponemos los presentes reflexionar durante varios días sobre ciencia y religión del sugestivo mundo Maya de Copán.

Durante la contienda, explica Steinbeck, había cierta información que **se debía** mantener oculta para sostener en alto la moral de guerra, particularmente de la retaguardia —Estados Unidos— donde millones de civiles se afanaban para proveer suministros vitales destinados al frente.

En el Ejército americano no había cobardes, por ejemplo, y a la infantería sólo se le atribuían virtudes de heroísmo, valor y nobleza.

Una segunda convención aceptada era que no existían comandantes crueles, ignorantes o ambiciosos en el escenario bélico aliado. Y una tercera pregonaba la increíble paradoja de que cinco millones de jóvenes normales, energéticos y concupiscentes habían decidido abandonar temporalmente su natural inclinación por las muchachas, con tal de ganarle a Hitler. Steinbeck cuenta que alguna vez en que el Ejército mandó a comprar varios millones de preservativos para sus soldados, la explicación más lógica dada a la prensa —y que la prensa retransmitió— fue que aquellas montañas de condones serían ocupadas para evitar que a los cañones de los fusiles les entrara la humedad. Algo debió haber de cierto.

De esta forma, concluye Steinbeck, con censuras, ocultamientos e imaginaciones, se robustecían los mitos de aquella terrible guerra, se enviaba paz al frente interno, es decir al doméstico, y se construía toda una ficción de realidad que concluía por afianzar el esfuerzo bélico.

## II Pequeñas historias verdaderas y falsas

Tres siglos (1576) antes de esa guerra arribó acá un explorador intuitivo, Diego García de Palacio, y redactó la primera nota en torno a los vestigios de Copán, sucedida luego por las de Juan Galindo (1834) y sobre todo por el polígrafo John Lloyd Stephens, en 1841, quien tiene la virtud de haber despertado las iniciales teorías modernas acerca del origen y destino de aquella civilización que nos convoca hoy —160 años más tarde— en el mismo lugar donde ocurrieron sus circunstancias vitales.

Pero según Medardo Mejía en su **Historia de Honduras**, el primer europeo que conoció la existencia de Copán no fue García de Palacio sino Hernán Cortés, a quien los magos sacerdotes de Tenochtitlan, “alzando los brazos en dirección de Honduras, le dijeron ‘—De allá viene cuanto sabemos, nuestra sabiduría, de Copán, o País de Huey o Huehuetlapallan’ ”, palabra esta que don Medardo se apresura a explicar que significa, poéticamente, “viejo lugar donde nace la aurora”. (2).

No hay referencias bibliográficas pero años antes (1966) el poeta Roberto Sosa había publicado su bello poema “Cruz del Alba”, en que coincidentemente expresa, refiriéndose a Honduras: “Ciertamente que hubo algo muy valioso/aquí donde la aurora/quema su lanza inútilmente bella”. (3).

Don Medardo Mejía también informa en su libro que “Cuando García de Palacio visitó la famosa urbe” (4), esta “tenía 700 años de haber muerto, y una guarnición permanente de toltecas guardaba sus despojos” (5) y, más adelante, que “la Era de Copán fue establecida por un congreso de astrólogos que se reunió en el año 353 antes de Cristo y que inventó el calendario de Venus, regente del destino del hombre”, precisamente cuando la estrella Aldebarán cruzaba encima de Copán siguiendo la Constelación del Toro (6).

En otras de sus aseveraciones, esta **Historia de Honduras**, publicada por la Universidad Nacional en 1983, señala que durante el matriarcado de Copán “cada mujer estaba casada con cinco hombres y cada hombre tenía cinco mujeres”; que no existía el concepto de padre y que eran desconocidos “los celos, las riñas por un hom-

bre o una mujer y el adulterio”. Asimismo, y conforme a la división del trabajo, que “el parásito social era condenado a muerte”, pues en ese “comunismo primitivo de los Mayas” lo que había era “un mundo intelectual y moral distinto, tan hermoso y tan brillante como un sol” (7).

A riesgo de prolongar las citas, es interesante reproducir la visión que esta **Historia de Honduras** propone en torno al estilo democrático de Copán, donde, para escoger a los administradores de la ciudad:

“todos (...) tenían facultades de elegir y de ser electos para administrar los bienes comunes (...) eran las madres, y en general las mujeres, las más celosas en el fiel cumplimiento de la democracia tribal. Mujeres y hombres, marchando en los cuadros de sus respectivas tribus, acudían en determinado día de los comienzos del año a la Plaza de los Comicios para elegir a los representantes administrativos. La votación era directa, verbal, pública y unánime a favor o en contra de los candidatos. Un pregón daba el nombre del candidato y los electores aplaudían cerradamente en caso afirmativo o guardaban silencio en caso opuesto [Después] el pregón proponía nuevo candidato, y si era aplaudido se pasaba a la votación siguiente” (8).

Desde luego, y esto es bellísimo, el primero en ser popularmente electo era el Consejo de Ancianos, luego los “ejecutivos” de la administración y los guardianes del culto solar. El consejo de ancianos estaba integrado, según el autor, por “mujeres y hombres mayores de sesenta años”, lo que aventura una excelente expectativa de vida para el conglomerado Maya.

Y cuando por causa del tiempo se hacía necesario modificar una costumbre aceptada, “el consejo de ancianos convocaba a las tribus para un acto electoral” —es decir, un plebiscito— “que debía decidir si la costumbre en entredicho debía dejarse, reformarse o abolirse.” De esto, lógicamente, no queda huella alguna, sugiere el autor, pues “las cosas humanas no eran dignas de la letra. Sólo las cosas divinas merecían el honor de la escritura hierática”.

Desde luego que, bajo esta perspectiva, la escritura Maya de Copán no guardaba alusión algu-

na a sucesos reales e inmediatos sino, y exclusivamente, a hechos astronómicos y cosmológicos, siendo imposible que “se haya grabado en ellas el jeroglífico del nombre de algún Maya, hombre o mujer”. Citando a Morley, Mejía explica que las inscripciones jeroglíficas tratan sólo de aritmética, matemáticas vigesimales y cronología astral (9).

Pero cuando las especulaciones citadas alcanzan el éxtasis fantástico, más allá de la licencia literaria, es cuando se afirma que “la confederación maya-tolteca es la única razón etnológica y social de la base poblacional de Centro América y por tanto de Honduras”, ya que “constituye el suelo y subsuelo raciales”, siendo dicha confederación “todo; lo demás es nada” (10).

Aunque Mejía no se refiere en absoluto al colapso de la sociedad Copaneca —o “copánida”, como hermosamente la llama— en este sentido se puede retrotraer a diversos autores de literatura de ficción en Honduras que han elaborado sobre el tema (11) y sobre todo a Girard (12), para quien el derrumbe de la cultura Maya ocurrió por una invasión masiva, estilo asiática, de huestes Pipiles que acabaron usurpando territorios y expulsando a sus habitantes de toda aquella civilización. Arias-Larreta a su vez, en **Literaturas aborígenes de América**, repite el usual concepto de los Mayas como comunidad virginal al afirmar que en la vida de estos, entre otras virtudes, “están desterradas las disensiones, conflictos, contradicciones internas o externas, que son reputados como delitos contra el ritmo, la armonía, el orden natural de la vida comunal, nacional y cósmica.” (13).

Menos idealista, aunque igualmente sustentada en una visión utópica de la sociedad de Copán, es la anécdota de uno de nuestros Ministros de Cultura, durante la dictadura militar, que urgía a sus subordinados a localizarle un cóctel alcohólico que hubiera sido preferido de los Mayas, a fin de promocionarlo y ofrecerlo a los turistas que visitaran la urbe. De esta forma, consideraba el ilustre funcionario, los Mayas pasarían a integrarse en la cultura mundial de los consumidores de martinis, margaritas y vodka- tonic... (14).

### III La obsesiva percepción idealista de Copán

Las referencias anteriores —y muchas otras que podrían ser citadas— no tienen como objetivo divertir al auditorio o contemplarlas desde la prepotencia de los nuevos y avanzados conocimientos en torno a Copán, resumidos mayormente en el magnífico libro de Fash y Agurcia, **Visión del pasado Maya** (15).

Su propósito es más bien llamar a reflexión sobre una constante cultural fuertemente pronunciada en Honduras, cual ha sido la de considerar a los Mayas como la base idílica desde la cual se expande la nacionalidad, y como fuente en abstracto de un sentido de identidad novelesca que ha sobrevivido al error, a la fabulación y la ignorancia.

En efecto, la presencia de Copán —y al decir sólo Copán me refiero desde luego a toda su complejidad cultural— puede ser advertida en multiplicidad de discursos históricos de la nación hondureña a lo largo del tiempo. Surge en mensajes políticos donde se exalta su grandeza, en publicidad comercial en tanto que ícono nostálgico, en canciones populares que extraen desde el pasado una supuesta continuidad de permanencia territorial y social, en objetos y productos que se identifican a partir de imágenes extraídas del universo gráfico en que abunda la ciudad y, no menos, en la utilización del nombre de la urbe para bautizar establecimientos, haciendo uso así de tales recursos para “autenticar” una vocación local y para adherir toda la connotación que tienen los vocablos provenientes de los Mayas a una supuesta y reciente pertenencia nacional.

Con términos Mayas hay, así, hoteles, pensiones, taxis, distribuidoras, fábricas de ropa, cantinas y restaurantes. Copán no es, por tanto, una entidad extraña al código cultural prevaleciente, ya que se le identifica con la nacionalidad, y sin embargo su verdadera significación no ha podido aún permear las capas más profundas de la estratificación cultural hondureña.

Lo anterior significa que en realidad coexisten dos visiones de los Mayas de Copán en el imaginario colectivo. Por una parte el Copán real que lógicamente desconocemos, y por otra el Copán fecundador y paradójico que debió auspiciar el germen de la nación, plasma ilusorio del cual nos sentimos todos orgullosamente hereditarios,

pero que desapareció por causa de los mismos errores que seguimos cometiendo en la actualidad. Se añade así a esa telescopía contemplativa un sentido inconsciente de culpabilidad, originada por no haber aprendido aún las lecciones de la historia.

Ese Copán de la segunda visión, especie de Camelot prehispánico, tierra de Jauja tropical, emerge ante los ojos colectivos como un emporio de energía y actividad, sometido a rígido orden aunque dotado de justicia, altamente productivo y competitivo, intelectual y guiado por gobernantes sabios que lograban equilibrar adecuadamente sus preocupaciones metafísicas con las terrenas. La espiritualidad de esa imaginada Copán no estaba reñida, pues, con lo material y, por el contrario, se acepta el supuesto de que no había acción emprendida por los reyes Mayas que no se dirigiera, aunque fuera en última instancia, a la satisfacción de su comunidad.

La entelequia de Copán se corresponde en un cien por ciento con la aspiración de las masas de todas las épocas por provenir de un principio armónico involuntariamente perdido (16). Es la misma preocupación o utopía de Platón, de Francis Bacon, de Thomas Moro y de las anti-utopías de Huxley y del Orwell de 1984, es decir la interrogación atávica del individuo por el estado ideal de la convivencia y el desarrollo humanos. Copán viene a ser así, en el sencillo estrato educativo de la masa popular, el desteñido retrato de una aspiración social, el proyecto de nación que se interrumpió por circunstancias históricas, y el sueño muchas veces descreído de un Shangri-La manoseado en la punta de los dedos pero que al final escapa con la impertinencia del hombre.

Es interesante recalcar, entonces, que Copán continúa siendo, a pesar de las evidencias arqueológicas y en contra de la extemporaneidad de su proyecto, un proyecto más de Estado, creíble por su magnitud fabularia, posible por su imposibilidad, sugerente como respiración de doncellas en la siesta. Copán es pues, de alguna forma, la imagen idílica que todos deseáramos se pudiera hacer realidad.

Stephens es el primero en evocar esa nostálgica precisión de lo imposible al elaborar poéticamente en torno a los sentimientos que despiertan sus estructuras muertas sobre la conciencia. Sin coartar la subjetividad, deshaciéndose en imágenes metafóricas, Stephens dice que

las ruinas...:

“yacen frente a nosotros como destrozada embarcación en medio del océano, perdidos los mástiles, su nombre borrado, muerta su tripulación, nadie para informar de dónde vino (...) su perdido pueblo [que] tal vez nunca sea conocido por completo”. (17).

Estamos, pues, ante dos Copán: uno fabulario y otro real. El primero, es decir el mítico, se envuelve en la niebla de la ensoñación con colorido y riqueza supremos. Lo habitan reyes, magos, sacerdotes y astrónomos, esclavos, guerreros, escribas, campesinos y agricultores, balletistas de la escuela del Popol Nah, talladores, orfebres, diseñadores, constructores y artesanos, sirvientes y tejeros Lencas, Chortí y quizás Pipiles, feroces guardianes de la Casa de los Murciélagos o estudiantes de artes nigrománticas en ocultos liceos, todos nobles y heroicos como la infantería de Steinbeck durante la segunda guerra mundial.

Es un Copán de legendaria novela, tipo de Cantar de Gesta que subyace en el universo del conocimiento general en tanto que imagen desleída, objeto de imaginación o visión que reconfirma el adagio de que “todo pasado fue mejor”. Refiriéndose a ese Copán mágico, autores como Medardo Mejía intentan rescatar —y creo que de buena intención— cierta fe extraviada sobre la condición naturalmente bondadosa del hombre, sobre la supuesta pureza de las sociedades aborígenes y, por consecuencia, acerca de la rotura que significaron la conquista europea y su apetencia desorbitada por el oro. La tesis del “buen salvaje” ha ascendido en este caso un peldaño más, pues si bien a los Mayas se les considera, en forma occidental, salvajes, se admira de ellos una inocencia inherente y un equilibrio humano que sobrepasa lo material para bordear los espacios de lo cósmico.

Es simpático observar, sin embargo, que en el caso específico de Copán la leyenda está ausente del típico efecto discriminatorio de la polarización, al contrario de como ocurre en otras situaciones literarias. En el “Cantar de Roldán”, por ejemplo, hay poderosas fuerzas positivas pero también negativas; en el “Poema del Mío Cid” este héroe debe lidiar con los mismos reyes castellanos, batallar con los moros y engañar a los judíos

prestamistas. En la mitología griega los dioses descienden a la tierra y hacen desmanes, mientras que en la alemana el mal y el bien tienen personificaciones concretas, seres de espíritu o de hueso que dotados de poderes sobrenaturales retraen o empujan al destino, figurando una coreografía de tensiones y conflictos, luchas, venganzas y traiciones que envuelven a los cielos y al mundo en un proceso de equilibrio y desequilibrios casi normales.

En la visión popular de Copán, no. A aquello, es decir a esto que nos rodea, se le contempla igual que a una entidad virginal, privilegiado espacio terráqueo, raíz sin mácula, que es de donde todos deseáramos provenir.

#### **IV El problema sociológico. Una posición provocadora**

Lo anterior —que es suma de un interesante problema sociológico— obliga por tanto a reflexionar, y quizás a replantear, algunos de los esquemas con que hasta ahora se ha manejado el resultado de la cuestión arqueológica.

En primer lugar, es evidente que entre arqueólogos, comunicadores y publicistas se tiende un hermoso puente roto. Lo que se devela aquí en Copán, con su valor tan subjetivo y a la vez tan concreto sobre los paradigmas de la nacionalidad, es prácticamente desconocido más allá de los habituales círculos profesionales e intelectuales. Casi diría, de los círculos privilegiados y casi herméticos de los Mayistas del mundo. Las investigaciones, descubrimientos e interpretaciones arqueológicas sobre Copán circulan ampliamente por el orbe, a la velocidad de Internet, pero no tocan a la sociedad, a la población que debería alcanzar su mayor beneficio, que es decir a los millones de hondureños e incluso de centroamericanos que esperan de los hallazgos ocurridos en esta parcela no un dato técnico sino la profundización de su proceso de visión y comprensión social...

Una réplica inteligente dirá que los arqueólogos no son publicistas y que no están obligados a educar a las masas sobre sus antecedentes o a corregir sus percepciones históricas, y tiene razón. Pues la función primordial del científico es, como mayormente se acepta, encontrar la verdad. Pero como también citaba don Alberto Einstein, a la ciencia se le dificulta el propósi-

to ético si no se proyecta a la humanidad (18).

Los comunicadores a que me he referido son los pertenecientes a las instancias formativas y educativas, diría ideológicas del Estado y de la sociedad, obligadas a clarificar las raíces de la identidad, a definir sus fuentes históricas en tanto que nación y a evolucionar en el conocimiento, las creencias y las costumbres según la ciencia va dictando antecedentes probatorios, disolviendo mitos y permitiendo edificar otros consecuentes con alguna base de realidad. Los arqueólogos pueden estar tranquilos, nadie les exige más que su trabajo, si bien podrían intentar ser más comunicativos sobre sus deducciones.

Es obvio que la ciencia Mayista en Copán no puede permitirse el comportamiento aristocrático de ser sólo un logos abstracto e incontaminado de transmisión popular. En el turbio espejo en que vive la población nacional en este momento —no carente sino confusa de valores, globalizada por comportamientos antisolidarios y ensimismada sobre lo material en detrimento de lo espiritual, que es decir lo humanista— requerimos héroes, necesitamos villanos a los cuales admirar o culpar, de los cuales aprender sus virtudes o rechazar sus conductas antisociales.

No hablo ya como escritor o como editor sino como ciudadano común, pues sentimos todos que estamos urgiendo modelos del pasado para confrontarlos con lo presente y formular el futuro. Necesitamos, en síntesis, saber en concreto de qué origen provenimos, si en nuestra predisposición al bien o al mal hay trazas atávicas, si extraviamos el rumbo en algún momento o si lo hemos recobrado, si estos Mayas que provocan congresos tan interesantes tienen valor para el porvenir o son sólo reliquias, ruinas turísticas, o si acaso es que no hemos logrado interpretar aún su verdadero mensaje, cual es el de la experiencia humana y sus parámetros útiles para una nación que se debate en la búsqueda de su propia identidad.

El problema tiene raíces hondas y preocupa a educadores, ideólogos y trabajadores de la cultura, sobre todo por la volatilidad del proceso de cambio y transformación de valores en que se halla inmersa la sociedad.

Cada vez con más frecuencia se reiteran frases que demandan formular “el modelo de nación”, o integrar “un proyecto de nación”, frases que

sintetizan una necesidad vital del hondureño para construir un entorno regulado, con definición en sus metas colectivas y con una articulación coherente de la visión de mundo, de forma que se establezcan con precisión las diferencias entre lo pertinente a una acción de tribu o a una de comunidad organizada.

Ese reclamo se expresa a la vez como necesidad y como desilusión. Como necesidad porque urge sustituir el ritmo de inercia con que se ha conducido a la nación, y como desilusión pues ya es seguro que la dinámica de la identidad no provendrá de los agentes administradores del Estado, ni de sus políticos profesionales, desautorizados a causa de su mal desempeño histórico.

El modelo de nación requiere partir de un sustento real, y, o, de su mitificación natural, y de allí la importancia extraordinaria de Copán. Hasta el presente el concepto común sobre esta cultura es, como ya se citó, la de un espejo fundido sobre la base de una deseada fantasía, la del reino de cuento de hadas, y aún así incompleto. El Vaticano se apoya sobre el mito del Papa infalible, Japón sobre su emperador augusto, Inglaterra sobre la familia real, Francia sobre su real y nostálgica grandeza, Estados Unidos sobre el de sus próceres y el de sus héroes de ficción. Todos estos, de diversas maneras, cohesionan, aglutinan e integran una concepción global de sostenibilidad y permanencia del proyecto de nación, figuran continuidad y prestan coherencia a los diversos segmentos y ramificaciones de la sociedad, facilitando su integración y movilidad.

En el caso hondureño, aparte de las personalidades cuasi-simbólicas de Lempira en la era prehispánica, y de Morazán, Valle y Cabañas en la época independentista, el país carece de un fuerte sustento que ligue su aparato simbólico a un conjunto de íconos legítimamente históricos, como sucede en culturas mejor vertebradas. El imaginario hondureño es precario, sostenido escasamente por esos cuatro nombres principales, por lo que la oferta de otras civilizaciones —ya se trate de Superman, de Asterik, los actores virtuales del Nintendo o Betty la Fea— lo encuentran en un sumo estado de debilidad.

## V Soberanía cultural. Una base

Como se habrá percibido, ya no estamos hablando de sociología; estamos tratando de soberanía cultural.

Un país que carece de su propio inventario colectivo está expuesto a asumir el de otros, que es exactamente lo que está ocurriendo. Para acentuar el fenómeno, la globalización nos educa para atender más a CNN que a la crisis del vecino inmediato. Sufrimos, nos enternecemos por la niña de Kosovo a quien sus padres abandonaron, olvidando el terrible porcentaje de que 28% de infantes hondureños carece de progenitor reconocido. Nos alarma el SIDA en Sudáfrica —monstruoso, alarmante, vertical—, pero en la Costa Norte nuestra se infecta cada semana un nuevo grupo de cuatro personas. Residimos, pues, en una sociedad que habita de espaldas a su propia realidad social (19) y es muy obvio que transitamos por un período de aguda transformación de valores.

Por ello Copán es imprescindible en la articulación de todo un propósito oficial y extraoficial para aportar a la comunidad una justificación de mejor autoestima, fortalecer su comprensión de proveniencia histórica, enriquecer el reparto de sus figuras reales y mitológicas, y proponerle razones certificadas de orgullo social, de forma que el ciudadano común aprenda a percibir el principio de identidad como un *continuum* de diversas generaciones asentadas en el tiempo en el mismo territorio, pero cuyas experiencias vitales, a pesar de las distancias obvias, son similares.

Lo que estoy proponiendo es pues un ambicioso ejercicio de integración filosófica, el de la búsqueda de los vínculos que hermanan a las generaciones Mayas que habitaron Copán con las del presente, y ello comprende mucho más que realizar mediciones antropométricas o cotejos de tipos sanguíneos. **Implica privilegiar a la variable humana en los prospectos arqueológicos, rescatar de Copán su memoria de carne y hueso, explicar la razón política, social y cultural de las edificaciones más allá de su descripción arquitectónica, también necesaria. Significa partir del objeto desenterrado para aventurarse en la explicación de su existencia.** A los turistas les interesa visitar los fósiles, a nosotros lo que nos cautiva

es su interpretación.

Afortunadamente Copán abunda en biomarcadores de gran intensidad que portan ya consigo su propia aura de resonancia histórica, los cuales es urgente sumar al reservorio ideológico de la sociedad. Pienso en toda la carga pasional que evoca la dedicación al arte de un gobernante como XVIII Conejo, no importa si sus motivaciones fueran estéticas o teológicas. Su fervor por hacer huella en la piedra, en realidad por comunicarse con nosotros, es de una heroicidad inconmensurable, sobre todo si recordamos la época en que le correspondió actuar. A propósito, se supone que desde el pasado lunes 9 conmemoramos los 1306 años de su ascenso al poder.

Pienso similarmente en el peso aparentemente democrático de una institución copaneca como el Popol Nah, erigida justo cuando en Europa apenas si se debatía la pertinencia de reclamar a los reyes. El Popol Nah, con su supuesta escuela de danza ritual, es un ejemplo vivo de alguna forma matriz de sociedad participativa, primera distensión entre la sacralidad del gobernante y la justicia doméstica demandada, centro comunal donde se oreaban quizás las divergencias políticas a su más llano nivel popular.

Pienso asimismo en esa empinada gesta épica, monumento equidistante a la “Comedia” de Dante, que es la Escalinata Jeroglífica, gran intento “americano” de inscribir hacia el cielo las modulaciones de la vibración del poder, la biografía de una nación que probablemente ya se conceptualizaba como tal, o el registro pujante de un pueblo que presintiendo su rendición en el tiempo —su desaparición— se aferraba al escoplo y el cincel para derrotar al olvido. La Escalinata Jeroglífica, con sus depósitos de cinabrio que recuerdan a la funeraria china de la dinastía Shang (20), modela una conducta universal que empuja al futuro y que se obstina en luchar para no desaparecer.

Misterios no nos faltan para alimentar las fuentes de la identidad nacional. “Rosalila” fue probablemente conservada intacta porque ningún pueblo destruye el núcleo de su cosmovisión y de su legado ceremonial. Pero asimismo porque quizás representaba el cemento unitivo para armar cierto principio de civilidad en la nación Maya, esto es, el origen de los mitos y los valores sobre los que rotaba el eje de aglutinación social, el ini-

cio de la historia —con sus verdades y ocultamientos—, el presagio y la certidumbre, los artificios de la ciencia y la adivinación (con frecuencia los mismos), la llave del apocalipsis o de la promesa y la profecía... Como se observa, y sin forzar las comparaciones: exactamente lo mismo que los hondureños modernos proseguimos buscando en Copán...

Desde luego que no sólo lecciones edificantes recogeríamos para integrarlas a ese gran cuerpo ideológico de la identidad. Leyendo a Bárbara y William Fash en **Visión del pasado Maya** (21), del Templo 20 de Copán o “Casa de los Murciélagos”, otrora localizado en el Patio Oriental de la Acrópolis, se puede interpretar que habría hecho las delicias de un Augusto Pinochet. La tenebrosidad de sus salas, el espanto psicológico de sus decoraciones frontales, la perspectiva de haber caído en desgracia tras penetrar su imponente edificio, bastan para configurar toda una imagen de acceso al infierno. Nunca como entonces se ha vuelto tan palpable la figura del derecho del poder para aniquilar la individualidad. La Casa de los Murciélagos es símbolo obvio de represión y autoritarismo, gran cenote de piedra donde se zambullía quizás la disidencia, castigo físico y moral a penas comunes, quién sabe si depósito de antagonistas políticos. Lo cierto es que su enseñanza es fúnebre y sugiere que en todas las eras existe una tensión a veces irresoluble entre gobernantes y gobernados, quién duda que igual a nuestra época.

El expediente de U Cit Tok, supuesto gobernante final de Copán, es probablemente, con todo el silencio que lo rodea, la biografía más extensa y dramática de la cuenta dinástica. Uno no puede sino conmoverse por tanta desgracia inscrita sobre la memoria de un ser humano, al más puro estilo de las tragedias de Sófocles. Al último de la grandiosa estirpe se le disuelve el reino entre las manos, como alfiles de sueño, y la imagen terrible que queda en la conciencia es la de un hombre agobiado que contempla desde la Acrópolis al destino, al pueblo y a la gloria que se le fugan hacia la nada del futuro, que es decir hacia la soledad. El Altar L conmemorativo de su ascenso —que es como un intento de añadir posdatas al Altar Q— revela la tristeza inconmensurable de una sociedad que no pudo concluir de tallar su epitafio, que fue sorprendida por los eventos nacidos de su propio seno y que la con-

vulsionaron hasta hacerla desaparecer. U Cit Tok es el personaje ideal de novela, acosado por su propia ineficiencia o por las fuerzas externas que lo empujaban a sucumbir en el esfuerzo de reconquistar a sus antepasados. En él vemos al espejo del poder desfasado, o quizás al viento ciclónico del pueblo, hastiado con la infertilidad de la esperanza.

No menos inquietante es la indagación en proceso acerca del gran deterioro que pudo provocar la ruina postrimera de Copán. Según diversos autores (22), el cansancio de las tierras, la ocupación urbana de suelos fértiles y el abuso de los recursos naturales debió causar el colapso, no por discutido menos potencial. No entraremos ahora en ello pero sí es obvio que entre aquella sociedad relativamente primitiva y nuestro entorno las causas y los procedimientos se asemejan. Tanto ayer como hoy estamos contaminando al ambiente, introduciendo elementos distorsionadores en el balance natural de la tierra, generando intervalos extraños dentro del suceso molecular del equilibrio ecológico. Entre los Mayas de ayer y los nacionales de hoy las diferencias ambientales parecen ser mínimas.

He dado sólo unos escasos ejemplos sobre los códigos referenciales que se desprenden naturalmente de la saga de Copán, y que pueden considerarse como intensas éticas del pasado que pugnan por repetirse en el presente. Por esto Copán es, además de un espacio maravilloso para hacer turismo, mucho más que un refugio arqueológico. Para los hondureños representa el tegumento primario que aglutina a la nacionalidad, condensado histórico espiritual, ya que en su imagen no entran, forzosamente, componentes de racialidad o de legados materiales. Aquel es un reino que fue puesto allí, en la circunferencia del tiempo que vuelve y nos hermana, para que nos contemplemos a nosotros mismos, es decir para reflexionar sobre la razón por la cual residimos en la tierra. Sabiéndola entender, conociéndola más allá de los hermetismos, su lección humana es valiosa e imperdurable.

En este sentido Copán se constituye en el magma mismo de la identidad, clave del arco, soporte del edificio de ese algo que todavía nadie puede definir, que está en construcción y que es la hondureñidad. Convertir a Copán en una profusa veta de comunicación que una al presente y al pasado, que explore la línea del tiempo

como una continuidad nacional, además de privilegiarlo como sitio arqueológico, ha de ser sin duda un reto, una tarea interesante para eventos tan distinguidos como el presente.

Y aunque esto no haya sido exactamente una ponencia como se estila en los congresos, por lo que ofrezco disculpas, estoy seguro de que muchos de ustedes han de compartir el espíritu de su mensaje.

Muchas gracias a todos.

## Bibliografía

- (1) John Steinbeck. **Once there was a war**. USA, Penguin Books, 1977. v-xiv
- (2) Medardo Mejía. **Historia de Honduras**. Vol. I. Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1983. p. 17.
- (3) Roberto Sosa. **Obra Completa**, Tegucigalpa, Editorial Hormiga Roja, 1990. p. 22.
- (4) Medardo Mejía. Idem.
- (5) Stephens habla sólo de monos que “parecían espíritus errantes de la raza desaparecida que guardaban las ruinas de sus moradas primitivas”. J. L. Stephens. **Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán**, Tomo I, San José, EDUCA, p. 91
- (6) Mejía. Op. Cit. p. 19.
- (7) Mejía, Op. Cit., p. 20. Mejía se basa para estas afirmaciones, probablemente, en la descripción que García de Palacio hace acerca del “Parentesco” en su “Relación”. Cfr., además David Luna Desola. **Antropología Centroamericana**, San José, EDUCA, 1977. p. 199.
- (8) Idem, p. 24
- (9) Ibidem, p. 30
- (10) Ibid., p. 35
- (11) *Passim*. Helen Umaña. **Panorama crítico del cuento hondureño 1881-1999**. Guatemala, Editorial Letra Negra, 1999. 526 pp.
- (12) “Los Pipiles (...) eran aguerridos y sus armas eran superiores a las de los pacíficos mayas” (subrayado nuestro). Raphael Girard. **Origen y desarrollo de las civilizaciones antiguas de América**. México, Editores Mexicanos Unidos, 1977. p. 319.
- (13) Abraham Arias-Larreta. **Literaturas aborígenes de América**. San José, Costa Rica, University of Missouri-Kansas City, Ed., 1976. p. 18.
- (14) Rafael Murillo Selva. Comunicación personal, 1990.
- (15) William L. Fash y Ricardo Agurcia Fasquelle. **Visión del pasado Maya**. San Pedro Sula, Centro Editorial srl., 1996. 290 pp.
- (16) *Passim* La Biblia, El Popol Vuh.
- (17) Stephens, Op. Cit. p. 92
- (18) J. Bronowski. **The ascent of man**. Boston, Little Brown and Co., 1973. p. 170.
- (19) “Entidad de naturaleza moral y afectiva, la Nación no puede existir sin la armadura de un aparato simbólico fuerte, hecho de narraciones edificantes, imágenes heroicas, personajes emblemáticos, paisajes sublimes y de monumentos entusiastas, todo ello formando un universo en el seno del cual el ciudadano, la colectividad y el territorio mismo, se sienten transportados en el unánime impulso de un destino glorioso”. (...) “En el plano del patrimonio, la posesión de las ruinas de Copán, periférica respecto a las regiones más emblemáticas de la historia del país, no es tampoco movilizadora de la imaginación patriótica”. André-Marcel d’Ans. **Honduras. Emergencia difícil de una nación, de un Estado**. Trad. del francés por A. Depienne. Tegucigalpa, Renal Vídeo Producción, 1998. p. 338.
- (20) Jocelyn Selim. “Barrio chino, 1000 a. C.” **Discover en Español**, Vol. 4, Nº. 3, Marzo 2000. p. 15
- (21) Fash y Agurcia, Op. Cit. p. 115
- (22) Michael D. Coe. **The Maya**. England, Penguin Books Ltd., 1971. p. 144; Ricardo Agurcia Fasquelle y Juan Antonio Valdés. **Secretos de dos ciudades Mayas: Copán y Tikal**. (Español-Inglés), San Pedro Sula, Centro Editorial srl. 1994. 180 pp.; J. Eric S. Thompson. **Historia y religión de los Mayas**, México, Siglo XXI Editores, 1975. 160 pp.; Mauricio Torres Molinero, comunicación personal.

